

CAPÍTULO VIII

Beneficencia social.

§ 459. ¿Están todos obligados á intervenir en el trato social? ¿Puede uno cualquiera llevar una vida solitaria ó limitada al círculo de la familia, insensible á lo que de él pueden los demás reclamar? ¿O es que dicta la beneficencia positiva que se cultiven amistades y conocimientos hasta el punto de hacer visitas y recibirlas? Y si hay tal exigencia, ¿en qué consiste el cumplirla convenientemente?

Sólo parecen posibles á estas preguntas contestaciones vagas. Podemos decir, en verdad, que, permitiéndolo derechos perentorios, es obligatoria cierta suma de trato social, puesto que sin ella padecería la felicidad general. Si una comunidad de solitarios ó de familias que lleven vida de reclusión habría de ser relativamente triste y pesada—si el cultivo del cambio de ideas y de mutua excitación de las emociones aumen-

ta, en medida considerable, las satisfacciones de todos y de cada uno—parece que se impone á todos el deber de promover ese cultivo.

Por supuesto, que este deber es menos perentorio que otros deberes, y que si puede cumplirse es en subordinación á ellos. Recepciones que ocasionan un coste apreciable no tienen sanción ética, donde es difícil concordarlas con los derechos de familia, los de justicia y los que brotan de las desgracias del digno. Aquí tan sólo prescribe la ética esa especie de trato social que puede sostenerse sin gasto alguno, y que á menudo es el mejor trato social.

Además, esta obligación de cultivar la sociedad de nuestros semejantes que la beneficencia impone, la impone tan sólo á condición de que cause más placer que pesar. No apoya la beneficencia al proceso rutinario de recoger y dispensar, que es lo que hacen los que están «en sociedad» ó en los más amplios círculos que adoptan los hábitos de ésta. La beneficencia no dice á nadie que ayude á que sostenga el movimiento del «molino social». Tan sólo suponiendo que las personas que se reúnen sacan las unas de la compañía de las otras alguna suma de goce bien ganado por la molestia que cuesta, puede decirse que la beneficencia dicta el que se reúnan.

Y aquí puede decirse que en vez de preceptuar el trato social rutinario, la beneficencia

dicta el que se hagan esfuerzos para restringirlo y abolirlo. Cualquiera ve que la mayor parte de los entretenimientos que da y espera la gente, no proporcionan las satisfacciones buscadas mientras que envuelvan molestias y vejaciones á los que dan y reciben visitas; y todo porque se piensa más en desplegar requisitos convencionales y conformarse á ellos que en los placeres de la amistad. Varias personas han visto, además, que la mayor parte de los esfuerzos para restablecer la confianza, hoy suplantada por el convencionalismo, son fútiles. Algunos que, á principios de siglo, deseando tener en alguna ocasión visitas de las gentes por quienes se interesaban, anunciaban que recibirían «en casa» en la tarde de tal día, esperaban por este abandono de las formalidades conseguir lo que necesitaban. Pero tan luego como se extendió la práctica, el recibir «en casa» ha llegado á ser cosa convencional lo mismo que todas las demás reuniones y hoy en nada se distingue de los «saraos» de tiempos pasados. Lo mismo ha sucedido con un remedio que se ha intentado más recientemente—las recepciones «en casa» que se caracterizan llamándolas «pequeñas y á hora temprana»—porque una reunión pequeña y á hora temprana, ha venido á significar una reunión que consiste en un cuarto lleno de gente que empieza á llegar de diez á once.

La beneficencia social, pues, no incluye la

participación en esta especie de trato social que pierde de vista su objeto propio y la conveniencia con que debe mostrarse. Por el contrario, nos manda que resistamos incesantemente á un sistema que proporciona pesar donde se buscaba placer.

§ 460. Aunque á muchos les costará clasificar en la beneficencia el fomento del genuino trato social ordinario, hay otra especie de trato social cuyo fomento y cultivo no dudarán clasificarlo así, me refiero al trato entre aquellos que ocupan una posición social superior y los que se hallan en posición inferior.

En todos tiempos ha habido más ó menos de esto—en los viejos días por fiestas que los nobles feudales preparaban en ciertas ocasiones para sus servidores, y en tiempos más recientes por los entretenimientos que daban los hidalgos á los aldeanos en ciertos períodos ó en ocasiones especiales. Después de un intervalo durante el cual parece que tales usos se habían hecho menos generales han revivido bajo nuevas formas;—partidas de campo (*garden parties*) en residencias y quintas para la gente pobre del contorno, excursiones gratis de niños y otras personas desde Londres al campo, banquetes en las escuelas de las aldeas, y otras cosas por el estilo. Lecturas públicas por un penique y conciertos dados por aficionados ú oyentes á los que se pide por ello poco ó nada, son otras formas que ha

revestido esta especie de beneficencia social. En general hay que aplaudirlas, ya por los placeres inmediatos que procuran, ya por sus efectos al cultivar los buenos sentimientos entre las clases, con un aumento consiguiente de cohesión social. De ordinario son inclinaciones puras de la simpatía y evocan alguna gratitud entre los mejores de los así entretenidos, resultados ambos benéficos. Tan sólo en el caso en que la costumbre se haga rutinaria, sea dada por rutina por una parte y esperada como cosa corriente por la otra, podemos decir que hay retroceso. Y un retroceso mayor cuando tales entretenimientos son sostenidos por el interés de las sectas religiosas para recoger adeptos. Pero los efectos retrógados no son mayores ni tan grandes como los que acompañan al trato del más rico con otros, y podemos decir con seguridad que la beneficencia social manda estos varios modos de juntar al rico con el pobre.

No menos, si es que no más, debe aprobarse los esfuerzos hechos para dar instrucción, tanto como placer, á ciudadanos que no están tan bien de ellos como quien se los da. Los que, hace un siglo, se empeñaban en disipar la ignorancia de los artesanos y trabajadores por las Escuelas Dominicales, merecen más ser recordados que muchos cuyos nombres se han hecho familiares, y debe recordarse con gratitud á las decenas de miles de la clase media que, una generación tras

otra, dedicaban gran parte de sus domingos á la enseñanza, con la reprobación de los que se consideraban «mejores» que ellos, debe recordárseles con más gratitud que á aquellos que se ocuparon en obligar al pueblo á dar y recibir lecciones de las escuelas públicas. Aunque este sistema de Escuelas Dominicales que se produjo entre los disidentes y luego fué adoptado por la iglesia anglicana para evitar la pérdida de sus miembros, ha sido en parte subordinado á propósitos sectarios, sin embargo, el fin primitivo era bueno y los sacrificios hechos para cumplirlo han tenido éxito en general. La beneficencia social ha tenido un buen ejemplo en esto.

Una enseñanza voluntaria de otro género ha adquirido desenvolvimiento en días recientes. Me refiero á las conferencias dadas en ciudades y aldeas por conferenciantes que no lo son de profesión. A las veces se asocian así empresario y empleado de modo distinto que por contratos de negocio. Un difunto amigo mío, cuyos obreros pasaban de mil, además de entretenimientos y excursiones al campo, les daba de vez en cuando conferencias de diversas clases sobre física con experimentos ilustrativos. Es una beneficencia que debe recomendarse la de un maestro ó un hombre de la localidad que ha cultivado una especialidad y da lecciones gratuitas acerca de ella á una reunión de sus vecinos. Sobre todo, es necesario que se resuelvan á dar enseñanzas

respecto á puntos que se toquen con la conducta de la vida y los asuntos sociales. El estado de la sociedad sería hoy mejor si hubiera habido hombres capaces de hacerlo, que hubiesen ilustrado á los que les rodeaban respecto á cuestiones políticas y morales. Probablemente no se habrían producido ideas que ahora prevalecen.

Pero en todos los casos las costumbres tienden á convertirse en leyes, las concesiones en derechos, y estas extensiones del trato social, la de dar instrucción lo mismo que la de procurar placer, están expuestas á perder la calidad de beneficencia y caer en observancias ya fijadas y acompañadas de poca bondad por una parte y poco agradecimiento por la otra. Es difícil ver cómo se ha de prevenir esta decadencia usual.

§ 461. Especificados hasta tal punto los requerimientos de la beneficencia social, aunque no los cumplan prácticamente los lectores, los admitirán teóricamente. Pero ahora llegamos á requerimientos menos obvios, requerimientos que serán, de seguro, negados por los más y que muchos considerarán como cosa distinta de las obligaciones sociales. Me refiero á los actos que tienen por fin cambiar usos y costumbres que se oponen al bienestar general.

La mayoría de la gente, aunque no sostenga que es un deber el conformarse á las conveniencias, lo cree así, y reprueba á los que rompen

las reglas que ha promulgado tácitamente la sociedad para regular la vida y la conducta. Serán incapaces de dar buenas razones en favor de esas reglas, admitirán que no pocas causan molestia y enojo sin propósito benéfico, hasta condenarán algunas como absurdos. Pero opinan que estas reglas, hasta la que regula el color de la corbata, deben respetarse. Mientras consideran la desobediencia como una transgresión, á la que se debe poner mala cara, no se preguntan si la observancia produce graves males y si acaso no deberían ensayar la abolición de éstos.

Cualquiera que no se quede con sus opiniones ya hechas, sino que trabaje para rectificarlas, ha de ver bastante claramente, que con los demás deberes para con nuestros prójimos, va también el deber de buscar el modo de aumentar su felicidad, racionalizando su manera de vivir. Ha de ver que la beneficencia, bien entendida, no se limita á dar dinero, procurar asistencia, manifestar simpatía y á buenas palabras, sino que incluye también el hacer varias cosas que, aunque al pronto son penosas á los demás, á la larga les benefician, y que, en vez de ganarnos con ellas sonrisas, nos ganamos frentes oscuras. En mayor grado de lo que la masa de la gente se figura, están viciadas sus vidas por la observancia de reglas—unas inútiles y otras dañosas—que impone un invisible poder social. Exa-

minemos algunos de los dañosos mandatos sociales que debería desobedecerse.

§ 462. Es natural que pongamos en primer orden los que se refieren al vestido. Es supérfluo denunciar aquí las locuras de la moda, las reconoce todo el mundo. No hay uno ó apenas hay uno, sin embargo, que rehuse sujetarse á ellas. Y no sólo se conforman casi todos, sino que defienden su conformidad. Se ríen de las modas que nos presentan los antiguos libros de trajes y admiten que si no fuera por la costumbre, hallarían igualmente absurdas las modas corrientes. Reconocen y lamentan el gasto inútil que produce el tener que dejar trajes que todavía están buenos, porque ya no se llevan. Se quejan también, á las veces, del tiempo, trabajo y molestia empleados en ponerse á la última moda. Sin embargo de lo cual combaten y hasta ridiculizan la aserción de que deben resistir, en bien propio y de los demás, un mandato que trae tan perjudiciales resultados. La beneficencia social, tal y como ellos la conciben, implica más bien sumisión que resistencia.

Pueden alegar, sin duda, falta de valor. No se atreven á correr el riesgo de sufrir las censuras de los amigos y las burlas de los extraños. Pero en primer lugar el sufrir las desagradables consecuencias de las buenas acciones, es una de las formas que toma la beneficencia, y, en segundo lugar, cuando una disconformidad que es intrín-

secamente racional, no resulta ni de ignorancia ni de pobreza, sino de independencia, el mundo acepta generalmente la situación y no sólo la tolera sino que en secreto la respeta.

Por lo que respecta al vestido, la beneficencia social hace algo más que recomendar el que se resista á esos perpetuos cambios de un patrón absurdo á otro. Además de una obediencia impropia á una reglamentación ilegítima sobre el vestido, hay, aparte de la moda, una consideración indebida al vestido mismo. Aquí también es superflua la protesta, puesto que es un lugar común de reprobación, el gasto de dinero y tiempo empleados en meras exterioridades que han de provocar aplauso. Lo que acaso hace falta recalcar es la verdad de que el dedicar la vida y el pensamiento á ganar admiración por el adorno personal, á menudo es ocasión de que perdamos la estimación ajena. Este se muestra muy pronunciadamente en el sentimiento con que se mira á una mujer recargada de adornos, y este sentimiento excitan, aunque con menos fuerza, muchos á quienes no se condena por recargados de lujo. Porque cualquier tocado y arreglo de persona en que se vea en el que lo lleva el deseo dominante de atraer la aprobación de los demás, causa una emoción reactiva, y á menudo la condena del rasgo moral que denuncia, se opone al aplauso que se concedería á un acabado arreglo de sí mismo. Nadie cree que el

amor al elogio sea un rasgo delicado de carácter.

El traje debe ser un coronamiento del ser hermoso sin esfuerzo manifiesto, elegante sin que aparezca la idea de serlo. Está muy bien cierto cuidado en el modo de presentarse que implica un cierto respeto hacia los que nos rodean, pero no un cuidado que suponga ansiedad por atraer su atención. Para el éxito en este compromiso, es requisito indispensable cierto punto de genio estético, que muy pocos lo poseen. Pero los demás pueden acercarse á él, y debe fomentarse esta aproximación por medio de la beneficencia social cuyo fin es racionalizar las costumbres sociales.

§ 463. Análoga á la indebida consideración concedida á las apariencias en el vestir, es la consideración indebida que se concede á las apariencias en general. Entre las mujeres de la clase alta y de la media se gasta no poco tiempo en cuestiones de ornamentación. El hacer que las cosas parezcan bonitas parece haberse convertido para ellas en el fin principal de su vida, y jamás se preguntan si hay algún límite á las satisfacciones estéticas.

Como se indicó en el último capítulo de la tercera parte, mucho de la recta conducta de la vida se reduce á dar á cada una de las varias actividades la proporción que exige. Ateniéndonos en cierto modo á una antigua doctrina, vimos que respecto á clase de actividad tiene el juicio que

decidir dónde está el medio entre los extremos. Y vimos también que además de esto el juicio está llamado á decidir la relación propia que han de guardar entre sí cada género de actividad. Si nos fijamos en lo que hacen las gentes que nos rodean, vemos que se atiende muy poco á esta debida proporcionalidad, y muchos ni parece que comprenden que sea necesaria. Aquí respecto al trabajo, allí respecto á la diversión, ya por lo que hace á la cultura, ya por lo que dice á la afición favorita, hay una absorción de energía que no debería haber, y no hay uno que parezca que se detiene á considerar si la prosecución de un fin particular no sacrifica indebidamente la prosecución de otros fines. Esto sucede especialmente con la prosecución de la belleza ó lo que se toma por tal. En varios espíritus, sobre todo femeninos, parece que nunca se ha presentado la cuestión de si puede llevarse hasta el exceso el gasto de tiempo empleado en adornos. La suposición tácita es, que siempre y en toda ocasión es meritorio este acabamiento de lo elegante y lo decorativo; y no se admite que se siga de aquí un descuido de fines importantes. El espíritu se pervierte y el cuerpo se daña, en un grado que el examen prueba que es extremado, por esta insana subordinación de la realidad á la apariencia. Mientras se abandonan cosas necesarias para una vida satisfactoria, el ama de casa gasta no poco de su tiempo en obras de capricho y fanta-

sía, en poner en orden cosas de adorno, en gobernar flores, etc., mucho más tiempo que el que da á procurarse alimentos de buena calidad y bien cocinados y á vigilar la educación de sus hijos (1).

Todo esto debe desaprobarse no sólo éticamente por sobreponer los fines menos importantes á los más importantes de la vida, sino también estéticamente. La prosecución de la belleza

(1) Estos últimos años deseaba yo escribir un ensayo sobre los *Vicios estéticos*, y he acumulado ejemplos del modo cómo está viciada la vida por hacer lo atractivo de las apariencias fin primario, en vez de secundario, en que sólo debe pensarse como en algo subordinado á la utilidad. He aquí alguno de los muchos ejemplos del modo como se estropean perpetuamente el *comfort* y la salud por conseguir una hermosura real ó fingida en una cosa que no debía tener pretensiones á ella. Cogéis una badila para cascar un pedazo de carbón y os encontráis con que el mango de bronce lleno de adornos, unido á la pieza de acero, se ha suelto haciendo á la badila raquitica, y además os encontráis con que la obra de filigrana de ese mango de bronce, os hiere la mano en cuanto dais un golpe al pedazo de carbón. Observando que el fuego está bajo, os volvéis á la caja del carbón, y viendo que está vacía llamáis para pedir más carbón, y entonces, para que la elegante caja, decorada acaso con una fotografía rodeada de dorados y molduras, no se estropee en la carbonera, os véis obligados á oír el ruido que produce el echar en ella carbón, allí, á la puerta, acompañado del polvo que se levante y de los pedazos que se desparraman, con todo lo cual tenéis que contentaros, á cambio de la fotografía y los dorados. Luego, cuando os sentáis, después de haber arreglado el fuego, una molestia que sentís detrás de la cabeza, llama vuestra atención sobre un maçasar moderno, hecho de malla endurecida con almidón, suponiendo que la belleza del modelo os compensará la irritación del cráneo. Lo mismo sucede con una comida. Se os sirve en el almuerzo un asado (*toast*) con un pan de calidad poco deseable, pero que

llevada al exceso falta á sí misma. En primer lugar, varios objetos domésticos no se prestan á decoración. Entre una caja para carbón (*coal-scuttle*) adornada con sumo cuidado, y su contenido negro y sucio hay una absurda incongruencia, y el tiempo que se gasta en hacer imitaciones de hojas y flores para cubrir una colineta contrasta ridículamente con el resultado trivial, puesto que la colineta se destruye tan pronto

tiene la ventaja de que sus rajadas están cortadas en triángulos admirables por su precisión. Si tomáis un huevo pasado por agua, os halláis con que para que parezca bonito ha sido cocido en agua ligera; lo cual hace que mientras la yema está á medio hacer en el centro, la clara está más que hecha y reducida á una consistencia coriácea. Si el manjar es de más preparación, os encontráis con más numerosos ejemplos. Para no hablar más que de los dulces, os halláis con una tarta cuya corteza es mala porque el tiempo que se debiera haber empleado en ella, se ha gastado en los adornos y filigranas que la decoran, y aquí tenéis otra cuya parte cubierta con una capa de azúcar se ha hecho indigerible por el modo cómo ha estado al fuego. En un extremo de la mesa hay un helado que se ha agarapiñado artificialmente para que pueda conservar la forma del molde en que se lo echó (cosa que no se consigue á menudo con el material propio), de modo que si sois bastante imprudentes para tomar un bocado, os sugiere la idea de goma elástica soluble. Y en el otro extremo véis la pasión de las apariencias llevada hasta el punto de que para hacer atractiva una crema se le ha dado color con el jugo carmesí de una criatura que, si viviera, se parecería á una chinche corpulenta. Tal es la experiencia de todos los días, desde la primera cosa por la mañana, cuando goteando de humedad tenéis que separar los flecos de la sábana de baño, que se habían enredado unos en otros, hasta la última cosa de la noche, cuando tenéis que buscar el calzador, porque no siendo objeto ornamental, fué puesto fuera del alcance de la vista.

como se ve. Una buena porción de cosas en una casa debieran ser especialmente inofensivas y no inoportunas. En segundo lugar, si tan sólo se busca la belleza en objetos que la tienen por exclusivo fin, ó en otros que puedan ser hechos bellos sin disminuir su utilidad, resulta un aumento en la totalidad de placer estético, porque para que sean apreciadas por completo las cosas bellas deben ser realizadas por cosas que no tengan pretensiones de serlo. Una estatuilla graciosa ó un lindo paisaje á la aguada parece mejor cuando lo que le rodea es relativamente vulgar é insignificante que cuando está en un cuarto repleto de multitud de cosas bonitas ó que se supone lo sean. Además, mientras el cuarto, si está lleno de pinturas y esculturas y vasos y numerosas curiosidades, pierde su individualidad, si contiene tan sólo un pequeño número de objetos bellos arreglados artísticamente puede convertirse él mismo en una obra de arte.

Arraigada igualmente en un indebido deseo de ostentación hay la costumbre de acumular aplicaciones inútiles. Como ejemplo típico puede citarse un cuchillo de plata para cortar manteca. Es un artefacto completamente superfluo. No se puede pretender que la manteca ejerza acción química sobre el acero, porque todo el mundo usa cuchillos de acero para partirla. No se puede alegar que un cuchillo de acero no sea instrumento tan eficaz. La verdad es que un cuchillo

de plata para manteca está mecánicamente mal adaptado á su propósito. No tiene razón alguna de ser, salvo el demostrar la posesión de dinero bastante para obtener un artefacto que la sociedad prescribe. Lo mismo pasa con otras superfluidades domésticas. Se hacen desembolsos inútiles en un principio y un gasto diario después para conservarlos, en artículos inútiles que la gente compra de miedo de que los critiquen si es que faltan.

La beneficencia social, pues, prescribe que uno se esfuerce para disminuir el sacrificio del uso á la mera apariencia y el gasto de tiempo, energía y dinero que acompaña á descuidar por los secundarios los fines primarios.

§ 464. Los esfuerzos para beneficiar á los conciudadanos por medio de mejoras en las maneras de vida tienen todavía otra esfera de acción. Hay varios hábitos prescritos y varias costumbres sociales que deberían resistirse y modificarse ó abolirse en interés de los hombres en general. Ya la filantropía reconoce en varios casos este deber.

Tenemos, por ejemplo, los esfuerzos hechos para oponer un dique á los gastos extravagantes que se hacen en los funerales. Se ha visto que las exigencias del traje de luto pesan durante mucho tiempo sobre las familias necesitadas, y acaso disminuyen seriamente la pequeña suma ahorrada para subvenir á las necesidades inme-

diatas de una viuda y sus hijos. Se piensa que la falta de ciertos gastos implica falta de respeto al muerto, y de aquí la necesidad perentoria de desembolsos que no pueden soportarse sin sufrimiento. El mal es mucho más intenso entre algunos pueblos poco civilizados, como los de la Costa de Oro, donde, según Beecham «un funeral es de ordinario la ruina absoluta de una familia pobre». Para desanimar de tales prodigalidades, aunque son mucho menores entre nosotros, hay además la razón de que como los ritos fúnebres lo mismo se tributan al malo que al bueno, dejan de ser signos de respeto y que serían abandonados generalmente si no implicara falta de consideración la falta de ellos.

Análogas razones pueden darse para intentar moderar las costumbres de boda. Estas han llegado en algunos puntos más allá que todo extremo conocido en esta parte del mundo, y han ocasionado perjuicios que asustan. En una casa, si no en más, entre los pueblos parcialmente civilizados, la boda ha llegado á ser tan ruinosamente costosa á la familia de la novia, que se ha practicado como remedio el infanticidio de las hembras, quitando de en medio á las hijas, á causa del gasto que ocasionarían un día si se las criara. Aquí, aunque son menos serios los gastos que ocasionan las bodas, hay males concomitantes que reclaman á gritos remedio. En tiempos antiguos el hacer regalos á la pareja recién

casada tenía por objeto ayudarles á poner la casa, y hoy, como antiguamente, los regalos dados con este objeto se justifican. Pero de esta costumbre racional ha provenido otra irracional. Llueven regalos sobre novias que, lo mismo que sus novios, son bastantes ricas para proveerse ampliamente de todo, y esos regalos vienen de amigos que son movidos á darlos menos por sentimientos de amistad que por miedo á críticas, siendo consecuencia de esto un pesado impuesto sobre aquellos que tienen varios amigos. Y hoy, entre la clase elevada, el sistema ha crecido hasta el punto de que se publican en los periódicos con la mayor desvergüenza listas de los regalos con los nombres de los donantes. Así, que tenemos un público que hace ostentación de posición social por un lado y de generosidad por el otro.

Entre las costumbres que todo el que tenga consideración hacia el bienestar social debe combatir, puede citarse otro grupo. Me refiero á los varios cumplimientos que traen las estaciones y épocas del año. Se dice que en París los aguinaldos de Pascuas se han convertido en una costumbre tan onerosa, que no pocos se escapan de ella yéndose de viaje con uno ú otro pretexto. La gente ha creado un sistema de impuesto mutuo. A, se siente obligado á dar á B, C, D y á los demás; B, á A, C, D y á los otros; y así por todo el alfabeto. Entre nosotros han sur-

gado en tiempos recientes los perjuicios menos graves que acompañan á la distribución de tarjetas de Navidad y de Pascuas. Además de gasto de dinero y molestia y tiempo, proporcionan males negativos y positivos; negativos, porque tales costumbres, en cuanto se hacen generales, pierden su significación, y dejan de dar gusto, y positivos, porque el descuidarlas produce malos sentimientos. Mientras estas muestras de bondad son espontáneas hacia uno ó unos pocos, á quienes se aprecia ó quiere en especial, tienen su valor; pero en cuanto se convierten en cuestión de rutina, ya no valen nada, ó algo peor.

Insista cada cual en la sinceridad y la franqueza y refrénesse cuanto pueda de los cumplimientos y usos que envuelven falsía. Si cada cual se resuelve á hablar con las menores mentiras tácitas que pueda, el trato social se hará mucho más sano.

§ 465. Sin duda alguna, los más de los lectores se habrán sorprendido de hallar las tres secciones precedentes incluidas en una obra de *Ética*, no estando acostumbrados á considerar actos de conformidad social bajo su aspecto ético. Pero como se ha asentado desde el principio, toda conducta de que provenga un aumento ó disminución de felicidad tiene su aspecto ético y no puede disputarse el que las observancias impuestas por la sociedad conducen ó á la felicidad ó á lo contrario.

Pero la beneficencia social que prescribe resistencia á las costumbres perjudiciales, es desaprobada por muchos, porque tal resistencia va seguida de una reputación de excentricidad, y esto disminuye la capacidad de activar reformas más importantes, políticas y religiosas, por ejemplo. Podría aceptarse la conclusión si se admitieran como legítimas las premisas. No es verdad que la reforma de los usos sociales sea menos importante que otras reformas. Considérense los malos resultados de convertir en parte la noche en día y de respirar el mal aire engendrado por las luces artificiales. Considérense, además, los daños producidos por el mal arreglo de las horas de comida—el tomar la comida principal en tiempo en que está flojo el poder digestivo, en vez de tomarla cuando éste es mayor.—Nótese también cómo este arreglo irracional acorta el trato social y aumenta la formalidad de lo que queda. Recuérdese hasta qué punto, como se ha mostrado en las secciones precedentes, el cumplir todos los usos sociales absorbe la vida, por lo menos la de la gente acomodada—ya en inútiles cambios de vestido, en consultar á modistas, en discutir modas con amigos, ya en comprar ó producir tanta chuchería, ya en invitar á reuniones á menudo con la esperanza de que no quieran concurrir los invitados (1).—Si se añade la incesante molestia

(1) En *El Búho* (*The Owl*) de hace cosa de una docena

y gran gasto producido por distracciones que dan poca satisfacción y mucho fastidio, se verá que los males que hay que combatir no tienen nada de triviales. Los que se conformen á las exigencias de la sociedad, en vez de ser felices no hacen más que representar que lo son.

Se me ocurren dos ejemplos que muestran cómo en la vida social, tal cual se lleva conforme á las conveniencias, la realidad se pierde en la apariencia. Uno de estos ejemplos nos presenta una señora que sigue la rutina ordinaria de las clases elevadas y á la cual expresaba yo mi aversión á la fatiga de un viaje en ferrocarril, y ella decía que, por el contrario, hallaba siempre gran satisfacción al entrar en un tren en París camino de la Argelia (donde tenía su residencia), y saber que por algunas horas se vería libre de ocupaciones pesadas; ni reuniones, ni invitaciones, ni cartas. El otro ejemplo nos da el testimonio de varios que han comparado la vida llena de trabas en Inglaterra con la vida desembarazada de las colonias. Los primeros emigrantes á Nueva Zelanda pertenecían á una clase más elevada que lo general entre colonos, y lle-

de años, apareció una divertida sátira de esto. Era una propuesta para que se estableciera una Bolsa de Señoras (podría llamársela Casa de Descuentos (*Clearing-House*), á la cual cuidara cada una de que sus criadas llevaran todos los días las tarjetas que debían á varios amigos y recibieran las cartas que estos amigos les debían, cumpliendo así el proceso mecánico de la distribución con más economía.

varon consigo todas esas costumbres de la vida civilizada que se originan de los buenos sentimientos, dejando las que son meramente convencionales. Después de haber probado durante años los placeres que de esto resultaban, varios que volvieron á Inglaterra se disgustaron tanto de lo artificial de sus maneras, que se volvieron á Nueva Zelanda. No he conocido más que dos de estos colonos y ambos estaban decididos á acabar allí sus días.

Está, pues, muy lejos de ser verdadera la creencia de que la racionalización de los usos sociales sea cosa de relativa poca importancia. Se puede dudar si, medida por sus efectos sobre la felicidad, no es un fin más importante que cualquier otro. La simplificación de los usos y costumbres, de donde resultaría un descenso en el roce de la vida, es cosa en que debe trabajar incesantemente todo hombre de buen deseo. La beneficencia social tiene aquí un objeto que no debe nunca perder de vista.